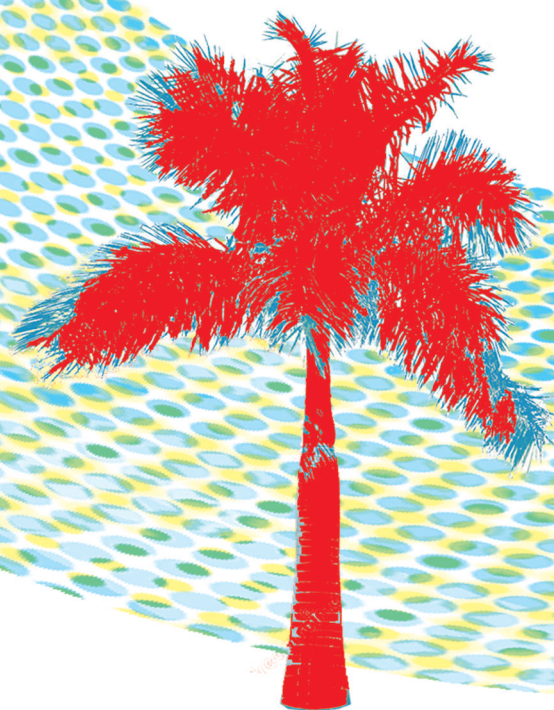


RAZA Y PAISAJE

PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE TONI MONTESINOS

Luís Palés Matos



LUIS PALÉS MATOS (Guayama, 1898-San Juan de Puerto Rico, 1959), de procedencia humilde y destino mortuorio aciago –su padre muere cuando él cuenta quince años y deja los estudios para ponerse a trabajar, ve fallecer muy pronto a su primera esposa, a su primer hijo más tarde y casi al final de su vida a su primera y adorada nieta–, apenas publicó en vida. Sólo verían la luz sus libros *Azaleas* (1915), escrito en la adolescencia, y *Tuntún de pasa y grifería* (1937), que se hizo famoso por sus ritmos negroides desde que fuera publicando textos sueltos en la prensa en la década anterior.

Durante años de bohemia y numerosos y muy diferentes empleos, el poeta va cobrando importancia

PALIMPSESTO

Colección de Poesía

Dirección:

Francisco José Cruz

Secretaría de Dirección:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Pública *José María Requena*
C/. Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. y fax 95 419 14 58 - biblioteca@carmona.org
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRASEVI, S. L. - Políg. Ind. El Pílero, calle Esparteros, 2
Tfno. 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

I.S.B.N.:

978-84-89993-45-7

Depósito Legal:

SE - 653 - 2015
IBIC - DCF

© Natalia y Ana Mercedes Palés Méndez
© Del prólogo y selección, Toni Montesinos
© De la presente edición, PALIMPSESTO

RAZA Y PAISAJE
ANTOLOGÍA POÉTICA 1915-1954

Luis Palés Matos

PRÓLOGO Y SELECCIÓN DE TONI MONTESINOS



P A L I M P S E S T O



© Toni Montésinos

Estatua de Luis Palés Matos en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras, que está acompañada de las de Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas.

LUIS PALÉS MATOS:
TROPICAL Y VERBOSO

A Peyín Varela, por los libros de LPM

A Pepe Varela, por llevarme a la UPR

En un balcón de Puerto Rico frente al Atlántico, viendo el temprano amanecer centroamericano, el sonido del agua se mezcla con los pájaros. Como casi siempre, día ignorante de nubes. El mar y el cielo inundan la visión, y todo es claridad. El sonido de las olas es la música perfecta, un compás eterno, igual y diferente en cada ola. Máxima poesía: ritmo y cadencia, rima de espuma y versolibrismo de horizonte infinito. Desde las alturas de esa balconada cualquiera, o a ras del Viejo San Juan, el sol ya fusila con sus balas de oro creando un calor que quiere sofocar, vencer la grasa con sudor. Se ahoga a sí mismo el aire, pero tal vez sólo lo sientan los turistas gringos desperdigados, los jóvenes venidos de su *jogging* que entran en las cafeterías: visibles presentes que pasean entre invisibles pasados. Porque justo enfrente, Juan Ramón Jiménez y Ricardo Gullón andan hablando de historia literaria; más allá, Ángel Crespo se ha detenido a repensar un verso de la *Comedia* de Dante, que estuvo traduciendo entre vendavales tropicales; Francisco Ayala recuerda y olvida, olvida y recuerda; y de lejos, con los acordes rasgados del violonchelo de Pau Casals, Pedro Salinas sale de su tumba frente a su *contemplado*. Todos se saludan y siguen el camino incierto de la inmortalidad sin

que sean objetivo de los disparos del sol. Todos ellos, de alguna u otra forma, más el resto de escritores y profesores españoles que pasaron temporadas cortas o largas en la Isla del Encanto para dar cursos o en pleno exilio huyendo de la guerra civil (Tomás Navarro Tomás, Amado Alonso, Dámaso Alonso, María Zambrano, Ángel Valbuena Prat, Federico de Onís...) sabrían de Luis Palés Matos, «el poeta más entrañablemente puertorriqueño y el más universal de la isla».

Esta última frase es de Gullón, de sus *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, añadiendo cómo le «encanta la plasticidad de su palabra poética, su vitalidad y la fuerza de su expresión»: una idea unánime entre los poetas de hace más de medio siglo y que esta antología quiere traer y renovar. Palés Matos y el que preparó un libro-homenaje titulado *Isla de la simpatía* sobre el país que lo acogió junto a su mujer se estrecharían la mano fraternalmente el 3 de octubre de 1957, como registra una foto realizada en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico y que, dos días después, saldría publicada en el periódico *El Mundo*; bajo el título de «Con obras inéditas J. R. entrega sus archivos a la UPR», la noticia se hacía eco de la breve ceremonia de donación, en presencia de periodistas, del rector del recinto de Río Piedras de la Universidad y recogedor del Nobel juanramoniano un año antes, Jaime Benítez, y del poeta Evaristo Ribera Chevremont. Esa instantánea le sirve a la muerte —ya se había ensañado con él, muy joven, llevándose a su primera esposa e hijo— para cronometrar el momento en que tiene previsto alcanzar a Palés Matos: cinco meses después, muere su nieta de tres años, y él la sobrevive solamente doce más. Entre ambas fechas desaparece Juan Ramón, y con él, ya con ambos en aquel final de década de los cincuenta, todo un mundo en el que el poeta, antes que en un libro, está en los labios; antes que ser papel de lectura, es aire de audición. La cantante y declamadora argentina Berta Singerman había incluido poemas de los dos escritores en sus recitales; pero la diferencia es atronadora: el onubense publicaba a discreción

en su alud inagotable de ideas poéticas y proyectos editoriales; el puertorriqueño apenas publica un libro, demasiado precozmente, *Azaleas* (1915), y lo demás prácticamente linda con el silencio, excepto el que lo va a singularizar por siempre jamás, *Tuntún de pasa y grifería* (pasa: «mechón de pelo ensortijado de los negros»; *grifería*: «cabello ensortijado del mulato»), dice el «Vocabulario» de una edición barcelonesa de 1979, que recalca el subtítulo «Poemas afroantillanos»), el cual ve la luz en 1937 después de que sus poemas, en efecto, fueran divulgados «a través del mundo hispánico por los mejores recitadores», como explica Onís, produciéndose en torno a ellos «una gran actividad crítica: todo lo cual junto dio como resultado la consagración definitiva de Palés Matos a base de una pequeña parte de su obra poética». Poemas de tema negro –o negrista, o negroide, o mestizo, o mulato–, que recita en primer lugar el español José González Marín, refiere el mismo profesor, «que actuó en Puerto Rico en 1932, y de aquí fue a Cuba, México, Nueva York, y después de casi un año regresó a Madrid, donde desde abril de 1933 en adelante incluyó a Palés en sus recitaciones». Al cual le seguiría «otra recitadora, que por ser antillana llevaba más en el alma la poesía de Palés, la cubana Eusebia Cosme, quien desde 1935 actuó en Madrid, Nueva York y Puerto Rico mismo». Poesía, en suma, que, como el sonido del mar en la noche, se escucha antes que el amanecer imponga sus folios de luz.

De aquel mundo literario presidido por la oralidad da cuenta Mercedes López-Baralt, en su edición canónica de la obra matospalesiana, cuando evoca cómo el poeta se inició en tertulias y recitales de San Juan, entre amigos de vanguardia pionera en la isla, con la invención del *diepalismo* en 1921, palabra compuesta con las primeras sílabas de su apellido y el de su colega de correrías estéticas José Isaac de Diego Padró. El ambiente precario del que procedía –su natal Guayama, al sureste, orillando el Caribe–, la casi inexistente industria editorial, la influencia de los padres y dos hermanos más, también poetas, le generarán un gusto por el sonido, dando

«más importancia a la eufonía que a lo significado», al decir de su otra gran estudiosa, Margot Arce, al valerse los dos amigos «de ritmos acusados e insistentes, onomatopeyas, aliteraciones, jitanjáforas... , todo ello en tono juguetón o recargado de ironía». El resto de sus días, Palés Matos no dejará de tocar ese instrumento lingüístico del que salen versos que embriagan los sentidos: «Palés es un sensual de la vista, del tacto y del oído –explica Onís–. Sus metáforas y descripciones sugieren casi siempre imágenes de sonido, color y tacto; imágenes muy precisas, fuertemente sugestivas y plásticas, donde la calidad y el matiz se reproducen fielmente: *sol de hierro, cuerpos de fango y de melaza, ritmo gordo del mariyandá, caldo de lodo succulento*. Tienen estas imágenes un realismo agrio, de brocha gorda. Nos trasladan a un mundo brillante y húmedo: a un paisaje de trópico misterioso, caliente, rojo, de un barroquismo pesado y chillón». Ciertamente, el paisaje de su tierra guayamesa, que es fundamental conocer para reconocer los elementos cruciales de su poesía: por una parte, «la postura vital de hastío que catapultó a Palés al vuelo de la imaginación, constructora del mito», en palabras de López-Baralt, que abunda en lo que había indicado Arce en cuanto a «la razón psicológica de toda su creación poética y principio unificador de su obra», esto es, «la antítesis entre el anhelo metafísico de pureza, ideal y poesía, y la inercia enervante del *tedium vitae* que lo arrastra a la sensualidad, a la parálisis de la voluntad y de las energías espirituales»; y por la otra, el «lado negro del alma antillana», amargo e irónico, según el Onís de su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934), que recogía dos piezas del poeta pese a señalar que aún no había publicado libro alguno, obviándose así el adolescente *Azaleas*.

Tal *spleen*, embriagado de Baudelaire; tal querencia por lo afroamericano, reflejada en poesía antes que su compadre Nicolás Guillén, que disfrutó de una internacionalización de la que careció el modesto, discreto y perfeccionista Luis Palés Matos –empezó a componer los poemas del *Tuntún* en 1925 y los fue publicando en revistas y periódicos, mientras que

los libros del cubano *Motivos de son* y *Songoro cosongo* son de 1930 y 1931— se desarrollará en pos de hallar una identidad isleña coherente. Y para ello es crucial, como indica José Miguel Oviedo, «el hecho de que Palés hubiese nacido en Guayama, un pueblo entonces conocido por sus brujos y ritos africanos», y además, «precisamente en 1898, el año de la invasión norteamericana a la isla, que abre un largo periodo de inestabilidad política». La infancia respirando negritud, la semilla del don poético, la construcción de un pensamiento sociopolítico y la conciencia de una misma cultura espiritual mestiza y caribeña se fusionan como una misma playa que rodeara el rectángulo de la isla entera y cuyas calas intercambiaran aguas de las que emerger voces reivindicativas autóctonas, temperaturas con las que calibrar el ánimo de autoconocimiento nacional.

En cuanto a la cuestión de estos sus orígenes, vinculados a lo misterioso y lo negro, nada mejor que leer el capítulo 17 de su novela inacabada y dada por entregas *Literal. Reseña de una vida inútil* (1949), titulado «El Baquiné», que «suena a magia, ¿verdad? Y lo es». En él, Palés Matos cuenta que «van a velar a un negrito», quien, le dicen, «murió de brujería. No valieron ni la verdolaga, ni los teses de llantén y curía, ni los sobos de aceite de culebra con yerba bruja. Tenía el *enfundio* muy adentro. Se le dio el calalú de quingombó; ayunó siete días para la “limpieza” de cañafístola y naíta, mi niño. El mal espíritu estaba bien *agarrao* a la entretela y no quiso salir». Y apostilla el autor: «Desde la infancia, dos cosas habíanme intrigado siempre con extraña sugestión de misterio y sigilo: los negros y los masones». De hecho, al instante afirma que su padre, en plena luna de miel, dejaba el hogar por la noche para ir a la logia, en una «edad heroica y caballeresca de la masonería». La luna es la espía de su progenitor, la oyente de las historias que le cuenta la cocinera Lupe, «gorda y negra», fiel y servicial a la familia aunque no le pudieran pagar, una originaria de Guinea que influye en el pequeño Luis creando en su «mente de niño un orbe fascinante de hechicería y encantamiento» compuesto de cuentos de brujos caníbales

que sorprendían a un niño desobediente perdido en la selva y en los que se oía de repente «Adombe, gangá mondé», la canción de los brujos cuando quieren comerse al niño, antes de que tres mastines acabaran por rescatarlo felizmente. «¿Cuántas veces me quedé dormido en tu regazo al rumor de ese canto maravilloso de aquel *adombe* profundo que todavía suena en mi corazón?» Cuántas veces, pasados los lustros, ese ritmo acompasado se infiltrará en su poesía, puro ritmo: el «supremo acierto» de su obra a juicio de Arce. Ritmo negro, en su caso, que desemboca en captación de una realidad que conecta con el alma del pueblo, como ocurre también en los romances gitanos de García Lorca o las soleás marineras de Rafael Alberti, autores que buscan la «reintegración espiritual a los motivos populares», según le señala a la gran activista social Ángela Negrón Muñoz en una entrevista de 1932. Y es que, como también apunta: «La vida espiritual de nuestras islas –Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, que por su comunidad de tradición y origen pueden sintonizarse en un acento, en un modo, en un ritmo peculiar y homogéneo de cultura– exige adecuada expresión de sus artistas y pensadores». Ese es el destino histórico del poeta, que deberá evitar la evasión de lo que tiene alrededor para no acabar escribiendo sólo para intelectuales, de tal modo que «tomará asunto para su arte de su propio ambiente, de la baraja de intereses y pasiones que le rodea, del ritmo vital en que se desenvuelve su pueblo [...]. Y por pueblo debe entenderse, acomodación básica entre raza y paisaje».

En una época además marcada por la atracción general hacia lo africano y sus ramificaciones musicales, antropológicas, pictóricas, que tantos artistas europeos y americanos celebran y recrean, Palés Matos, por medio del interviú referido, se muestra no sólo fascinado por el deportista y el bailarín negro, sino también por el político mulato que ora con «tren de colorines y metáforas», con «vibrante pirotecnia de metáforas», aunque en paralelo se muestre implacable con la politiquería en general de su país, cuajada de insultos y de mítines fanáticos

y que tanto recurre a la palabra estentórea para dirigirse a un público al que, en realidad, no se le comunica nada pero del que se espera el aplauso incondicional tras un *show* retórico propio de predicadores religiosos. Así, para él la consigna está clara: «Se ha de ser tropical y verboso, ascender a las nubes, levantar himnos al crepúsculo, hervir en santo furor patriótico, dibujar pajaritas en el aire...»; pero por qué no asignar esa doble condición, la del Trópico y su verbo, al propio sujeto poético, que también a su manera quiere magnetizar a la masa, recitar para ser observado en silencio, escribir para ser leído. Palés Matos se da en llamar a sí mismo un independentista en trágico y en dramático, lo cual trasciende la simpleza política y podríamos interpretar como la pretensión de ser una isla individual dentro de la isla que se quiere verbalizar; se busca lo que aúne al yo y al otro, pues la cultura «habrá de ser un constante fluir, un perenne producirse del ser o de la raza, en armonía con el paisaje que los rodea». Es preciso, si se aspira a esa dignificación del ser puertorriqueño, del estar en Puerto Rico, comprender la ascendencia y descendencia de sus gentes tras cuatrocientos años de mestizaje hispano-borinqueño; autoexpulsarse, finalmente, del otro enfoque expuesto atrás y que Palés Matos respira y hasta personifica desde la infancia: la rémora de la indolencia y el tedio, o el pesimismo, como diría Benítez ya desde el título de su prólogo a la edición del *Tuntún* en 1950. Pesimismo que sume al boricua en un «decaimiento espiritual enorme, una sensación de inutilidad, de impotencia, de derrota»; culpa, sigue explicando el rector, de la «confusión cultural en que vivimos, producto en gran parte del choque entre lo norteamericano y lo criollo», por un lado, y por «la incertidumbre de nuestro porvenir» –el estado libre asociado de Puerto Rico se estableció, con Constitución propia tras acordarlo con Estados Unidos, en 1952–, por el otro. No en balde, Palés Matos, en esa memorable entrevista, ya habla de su «justa fama de inútil» desde la adolescencia, de su falta de «título ni profesión definida», de los variopintos empleos que ocupó para ganarse la vida, desde maestro de escuela hasta

secretario de diversas oficinas privadas o institucionales, con una «ingénita disposición para burro de carga».

La dureza irónica contra sí mismo que se envanece de cierto malditismo, la melancólica herencia de las *soledades* de Antonio Machado, las sombrías tristezas de E. A. Poe, tan marcadamente influyentes en su libro *El palacio en sombras* –llamaría Edgardo al hijo que tendría con su primera mujer, muerta de tuberculosis antes de cumplirse el segundo aniversario de boda, como anota Noel Luna en su antología del autor, originalísima al abordarla temáticamente y acoger opiniones sobre el poeta mediante un diccionario matospalesiano–, la visión por consiguiente del artista como representante de la inutilidad en una sociedad tecnificada y de mercaderes, concluyo yo, construyen la personalidad pública y el carácter literario de Palés Matos. El contexto en que se cimentará su poesía, desde el desencadenante año de 1898 en que él nace mientras muere el país como colonia española, está rodeándole a la espera de que lo haga sonar: «El ambiente de paisaje puertorriqueño –hálito sofocante de calor, cielo de laca, estrellas polvorosas, canto y luces de animalejos– es el marco adecuado a esos ritmos de machaque de timbal», dice Valbuena Prat en el prólogo –un texto escrito en Barcelona en 1933– a la primera edición del *Tuntún*. ¿Su herramienta?: el lenguaje, tesoro del antillano, el individuo que el propio poeta describió, en torno a la influencia recíproca entre hispanos y borinqueños, como «un español con maneras de mulato y alma de negro» y que abandera, «sin duda, rasgos, actitudes y características de raza nueva. Es un fenómeno análogo al del yanqui con relación a su progenitor inglés o germano», añade. Mezcla, pues: mezcla, entonces; siempre el cóctel de genes, la fusión acariciadora de pieles distintas; mezcla de una misma lengua tan diferente a veces y que caracteriza tanto a los puertorriqueños al verse corporeizada con su sensualidad intrínseca, su fervor autóctono, su energía de jíbaro. Luis Rafael Sánchez, en «¿Por qué Puerto Rico es rico?», alude a cómo algunos gringos dicen que los «portorricans are too physical», y se responde: «Sí,

los puertorriqueños son too physical. Las palabras brotan vehementes de sus bocas. De buenas a primeras las manos se incorporan a la conversación: dúctiles, polisémicas. Cuando las palabras y las manos no les bastan acuden al cuerpo total como vaso comunicante. Cuerpo que deja en el aire un rastro de ricura. Aire parecido al baile que nunca termina. Baile que parece guiñada a la poesía de Luis Palés Matos». Se habla *bailando*; se ama bregando con la voluptuosidad, el peligro, la potencia del lenguaje; el del poeta, ardiente en sus últimos años merced a Filí-Melé, seudónimo de un amor secreto real o «bella ficción femenina que resume todos los valores espirituales», según Arce, y que retomaría valores de la mitología griega y el neoplatonismo renacentista, como ha desarrollado López-Baralt en una obra en la que analiza órficamente –mito y música– sus poemas de amor y muerte.

La claridad del amanecer y la jornada subsiguiente ya es página por la que el lector no volverá a pasar la mirada. Anochece y la isla se prepara para su concierto de coquies, las ranitas de variado timbre intermitente que irrumpen entre la primera oscuridad para llamar la atención, mientras se duerme, de que el mundo sigue vivo: otro tipo de poesía sonora, o de sonoridad poética natural, como la del mar rimado y libre a la vez, como las mágicas canciones de los negros y sus palabras maravillosa y semánticamente incomprensibles, aunque transparentes en su estruendo osado como sólo pueden serlo los misterios que se desvelan desde la intuición. Los libros de Palés Matos reposan sobre la mesa, y la mano los cierra con el celo de un ataúd que resucitará; pero a su lado la brisa que entra por la ventana abre un periódico hasta desplegarlo en alas de albatros: vuela una noticia ante los ojos, fechada el 3 de diciembre del 2014 y que, procedente de una conocida agencia de noticias internacional, habrá inundado todos los diarios digitales, difundándose con la eficacia del titular simpático que no se toma muy en serio pese a sospechar acaso el atisbo de realidad que encierra: «El ser humano perfecto es puertorriqueño». Tal cosa concluye el estudio de un biólogo de

la Universidad de Berkeley, para quien la carga de una mayor cantidad de genes buenos se concentraría en el físico boricua «gracias a su mezcla de herencia española, africana y taína». La nota capta el inevitable terreno de la fácil jocosidad que despierta algo así para los propios puertorriqueños, entre datos de rigor científico que justificarían esa teoría de la perfección racial. Palés Matos, invisible a nuestro lado, pero también en el Viejo San Juan de edificios coloridos, o en la Guayama bruja, sonrío de pie, irónico y manso, como paladeando el triunfo de un tesón antiguo que se cultivó con honestidad de labriego y se cosecha ahora, sin estridencias, simplemente con la incontrovertible verdad que sólo predice el único visionario: el poeta.

TONI MONTESINOS
Barcelona, enero del 2015

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Luis Palés Matos: *Poesía 1915-1956*, edición de Federico de Onís, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1957.

—: *Poesía completa y prosa selecta*, edición de Margot Arce, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

—: *Tuntún de pasa y grifería*, prólogo de Jaime Benítez, editorial Icaria, Barcelona, 1979.

—: *La poesía de Luis Palés Matos*, edición de Mercedes López-Baralt, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1995 (incluye los textos de Ángela Negrón, Ángel Valbuena Prat y Jaime Benítez).

—: *Fiel fugada. Antología poética de Luis Palés Matos*, edición de Noel Luna, La Editorial, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 2008.

José Miguel Oviedo: *Historia de la literatura hispanoamericana 3*, Alianza, Madrid, 2001.

Mercedes López-Baralt: *Orfeo mulato: Palés ante el umbral de lo sagrado*, La Editorial, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 2009.

Federico de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Renacimiento, Sevilla, 2012.

Luis Rafael Sánchez, en AA.VV., *Puerto Rico en América Latina*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 2013.

AZALEAS

1915

Y OTROS POEMAS

1917-1920

FUEGO INFANTIL

La abuela de los ojos apagados
nos narraba en las noches de velada
lances de caballeros embriagados
de romance, de novias y de espada.

Y cuentos de palacios encantados
por la varilla mágica de un hada...
diabólicos, de monstruos espantados,
divinos, de princesa sonrosada.

Y una noche de rayos y de truenos,
su hueca voz llena de ritmos buenos,
en lenta gradación se iba extinguiendo.

El perro aulló. –¡Tan!– dijo la campana,
una ráfaga entró por la ventana
¡y la abuelita se quedó durmiendo!

CREPUSCULAR

En el recogimiento de la anchura
la tarde hunde su blonda sutileza,
y pone un pensamiento de ternura
y un presagio indecible de tristeza.

Llora sangre el ocaso en la blancura
de la nube lejana, y con pereza
apaga la montaña su figura
borrándose en un éxtasis turquesa.

Solemnizando la quietud cristiana
retiembla sus dolores la campana
en un tono pausado y macilento.

La brisa flébil su querella entabla,
y hay una voz interna que nos habla
de las ruinas vetustas de un convento.

PAISAJE

La tarde gris revuelca evocaciones
de un sabor a crepúsculo doliente.
Huele a humo de paja. Emanaciones
de pesebre saturan el ambiente.

Hay una majestad tersa en el llano
lleno de otoño, invierno y primavera,
y en la placa redonda del pantano
se contempla al revés una palmera.

Ríe un sarcasmo en su onda que se riza
como un bucle de seda y se desliza
canturreando a la orilla un verso sucio;

y bajo de las canas de la tarde,
el ascetismo en nuestros pechos arde
con un arranque digno de Pafnucio.

TIMOCLES

Timocles, el escéptico profundo,
era vampiro de la sombra densa.
Yo le miré a los ojos, y vi el mundo
hecho bostezo de frialdad intensa.

Grito de orgullo, fiebre de egoísmo,
sentí... Sangraron todas mis heridas;
Timocles sonrió, me hundí en su abismo,
y soñé las esfinges, sonreídas.

Rugió el león rampante del desierto,
lo estrangulé con formidable acierto
aunque la lucha me dejó sus rastros.

Hurgué dentro de mí: ¡la duda fría!
pero ya estaba fuerte, ya tenía
mi pie de arena y mi cabeza de astros.

IGNORANCIA

Me convertí en pupila indagadora,
clavando mi pregunta en el arcano,
a manera de flecha tentadora
lanzada por un arco soberano.

Se anunció Apolo. Fulguró la aurora
llena de pompa y esplendor pagano;
gocé su claridad confortadora,
y hablóme con su trueno el oceano.

Jesucristo, Moisés, Mahoma, Buda,
me sumieron de súbito en la duda
pero seguí con la pregunta, fijo,

y el Todo, al compensar mis ansias locas,
me quiso contestar por tantas bocas
que no pude entender lo que me dijo.

PABELLÓN ROJO

Porque tu carne difunde una vaga
claridad zodiacal y hialina
cuando estás en las sombras desnuda,
seas bendita.

Porque tu cuerpo parece una antorcha
en la alcoba nupcial encendida
para alumbrar las tragedias profundas,
seas bendita.

Porque al contacto del beso resurges
como una fronda de zarza florida
y desgarras con uñas y dientes,
seas bendita.

Porque bajo mis hombros ondulas
como una honda y cálida linfa
y tus brazos arrollan como olas,
seas bendita.

Porque tu carne es la yesca abrasada
por el fuego interior que crepita
en combustiones monstruosas de ansia,
seas bendita.

Porque tu vientre es la tierra fecunda
en donde cuaja la heroica semilla
y eres como un gran predio salvaje,
seas bendita.

Seas bendita porque eres el fuego.
Seas bendita porque eres la linfa.
Seas bendita porque eres la tierra.
¡Seas bendita!

YO ADORO

Yo adoro a una mujer medita-bunda
de larga y ondulosa cabellera,
que va agrandando el surco de su ojera
con el riego de llanto que la inunda.

Esta blanca sonámbula, ¿qué espera?
¿De qué novela trágica y profunda
ama el protagonista que circunda
de amor su joven alma lastimera?

Yo adoro esta obstinada soñadora.
La realidad en ella se colora
con una novelesca fantasía;

y la adoro sin prisa ni demencia,
con una suave y mística paciencia
¡porque yo sé que nunca será mía!

DANZARINA AFRICANA

Tu belleza es profunda y confortante
como el ron de Jamaica, tu belleza
tiene la irrelmada fortaleza
del basalto, la brea y el diamante.

Tu danza es como un tósigo abrasante
de los filtros de la naturaleza,
y el deseo te enciende en la cabeza
su pirotecnia roja y detonante.

¡Oh negra densa y bárbara! Tu seno
esconde el salomónico veneno.
Y desatas terribles espirales,

cuando alrededor del macho resistente
te revuelves, porosa y absorbente,
como la arena de tus arenales.

ESTA NOCHE HE PASADO

Esta noche he pasado por un pueblo de negros.
El caserío inmundo se amontona en un rojo
pegote miserable de andrajos, de ruinas,
y sobre el viento lento cunden ásperos tufos
de lodos y amoníacos, mientras entre la sombra,
los sapos negros croan al fondo de la noche.

Esta noche he pasado por un pueblo de negros.
¡Oh, la curiosidad de esta terrible tribu
de basalto! Los hombres me miran hostilmente,
y en sus ojos de agudas miradas agresivas
arde un fuego africano y bermellón de cólera.

Esta noche he pasado por un pueblo de negros.
El espíritu cafre de las lujurias roncadas
y los bruscos silencios huracanados, flota
sobre este barrio oscuro... (Y doy a imaginarme
golpes secos de gongo, gritos, y un crudo canto
lleno de diptongueantes guturaciones ñáñigas...
Alguna bayadera del Congo estará ahora
destorciendo el elástico baile de la serpiente
dentro de un agrio círculo de brujos y guerreros,
todos llenos de horribles tatuajes, mientras arden
las fogosas resinas, y el fuego, rey del día,
dora la res que se asa sobre tizones rojos.)

¡No! La pompa jocunda de estas tribus ha muerto.
Les queda una remota tristeza cuadrúmana;
una pasión ardiente por los bravos alcoholes,
el odio milenario del blanco, y la insaciable
lujuria de las toscas urgencias primitivas.

Ante este pueblo negro y estas casas de podre
y esta raza ya hundida para siempre, yo tengo
la visión de espantosos combustibles: la brea,
el diamante, el carbón, el odio y la montaña...
Esta noche he pasado por un pueblo de negros.

TÚ TIENES

Tú tienes el encanto
doméstico y tranquilo
de la mujer en cuyo ensueño flota
la maternal imposición del hijo.
Ave de hogar, esposa,
blanca entre sus tisanas y sus linos;
pisada leve al despuntar el alba;
mano hacendosa del sereno asilo
que impone sus ingenuas disciplinas
en el revuelto amanecer del nido.

¡Oh mujer clara y pulcra!
En ti se ahonda cada día un ritmo
de domesticidad, porque tú eres,
la buena esposa para el buen marido.

EL VALOR

¡Oh, esta proximidad al gran secreto y no descifrarlo! Saber que con alzar la mano y descorrer un velo, todo queda resuelto. Que la luz está ahí esperando el momento de darse, blanca y púber, a tu afán indagante, como una virgen ante cuya intensa mirada huyen las sombras que levantaron tus pasos.

Saber que desangraste tu planta en los caminos; que te nevó la nieve de todos los inviernos; que vaciaste tu bolsa y agotaste tu fuerza por llegar hasta ahí. ¡Ahí: la puerta de oro que se abrirá al ligero empuje de tu mano!

Y después del oculto trajín de tus empeños, de tus sordas fatigas y tus largos insomnios, a despecho de tus sudores, de ti mismo, en el instante en que has de poseerlo todo volver atrás, serenamente, sobre tus pasos, con una vaga lumbre de victoria en los labios.

EL PALACIO EN SOMBRAS

1918-1919

EL PALACIO EN SOMBRAS

Si adquiriste la joya milagrosa
este palacio en sombras ya no tiene
secretos para ti. Todo lo sabes
y lo penetras. Al resplandor vago
de la joya que llevas escondida,
las cosas cobran un sentido nuevo
que tú comprendes. Tu morada es ésta.
Mira cómo se aprontan en la noche
tantas cosas fraternas, cuyas ansias
tactean en sus límites inmóviles
por salirte al encuentro, y despojarse
de sus rígidos trajes transitorios,
para darte, ¡oh iniciado!, la profunda
substancia del enigma y la tiniebla.

Descálzate confiado y deja el polvo
del mundo, bajo el pórtico primero.
Así estarás mejor, sin ese ruido
torpe que turba la quietud austera,
en cuya clara ópera tú mismo
escucharás tu corazón. Ahora,
tu vida es una nueva lámpara colgada
del árbol sabio de la sombra. Ignoras
qué manantial de luz le dio su aceite
de eternidad. Los negros milenarios
con su torva vendimia de tormentas
soplarán, soplarán sin apagarla.
Ella renueva su esplendor en cada
noche y a cada aurora resplandece
más sabia y viva porque trae la oculta
ciencia de las tinieblas. La circuye
la grande mole cósmica poblada

de proféticos signos que denuncian
sus enigmas rodantes por la honda
cuenca del infinito: surgen voces
extrañas de misterio, estallan gérmenes
de luz en el granero de la nada,
y se oye el puerperal y sibilino
estertor de las sombras parturientas,
que entreabren sus matrices creadoras
sobre el pañal inmenso de la noche.

Tu vida es una lámpara colgada
del árbol sabio de la sombra; en ella
se consume el aliento de otras vidas
que prolongan su ingénito motivo
sobre la forma actual, y perpetúan
la fuerza de su enigma alucinante
en el ser que será. Las existencias
pasadas y futuras, lo que el ego
ha de ser, siempre estuvo en tu substancia,
esperando el momento en que tu carne
fuera un gran vaso de cristal sonoro...

Y ahora te ves rodeado de ti mismo.
Este palacio en sombras ya no tiene
secretos para ti. Todo lo sabes
y lo penetras, silencioso y fuerte,
bajo la reposada luz interna
de la joya que llevas escondida.

LA LLUVIA

Este cielo de lluvia chato, absurdo, sombrío,
da un ocio sensualista a nuestra carne pobre,
que se oxida de sueño, de modorra y de frío
bajo el denso nublado de sulfato de cobre.

La lluvia es una vaga mujer. La lluvia es una
bailarina versátil de insinuantes desvíos...
Se desnuda en las nubes y con cuerpo de luna
danza al canto doliente de los grandes hastíos.

El camino la escucha solitario y el mar
ajusta su tonada al extraño cantar;
giran las ruelas raudas en el labriego hogar,
y manos sarmentosas corren sobre el telar.

En la ciudad, la lluvia pica con escozores
carnales, que alucidan cerebrales placeres:
se leen libros perversos de impúdicos autores,
Boccaccio cuenta historias a todas las mujeres.

Es el momento vivo del nervio, es el momento
triumfal. Toda mujer sueña un sátiro cruel,
y seducen aullando los chacales del viento
sobre cuyos pelajes van diablos del placer.

La soñadora pálida crepita interiormente
leyendo; el gato negro que duerme en el sofá,
al rumor de la lluvia despierta, y de repente,
combina un arco mudo de voluptuosidad.

Lluvia, sacerdotisa del tedio, que a so voz
tertulias tanto y tanto que das aburrimiento,

y haces que nuestra carne mendigue hacia el amor
como una pobre hermana ciega de nacimiento...

También en tu implacable canto que todo agobia
traduce el alma el cuento de los mejores días:
la niñez, sol de heno, miel de amor, luz de novia,
que se borraron como viejas calcomanías.

*

Resumen: aguas turbias, rojas calles desiertas,
brumas sobre la hija clara del pensamiento,
y una deshojazón de albas y rosas muertas,
y la paradisíaca claridad del momento.

OLOR A TABACO

Es la siesta. Arde el suelo bajo la resolana.
Sube un hervor de gérmenes de la siembra cercana,
y un aroma potente y embriagador se exhala
del monte, de la huerta, del surco y de la tala.

Es un olor tan recio que enerva los sentidos,
circula por la sangre, rompe por los oídos,
pica cáusticamente sobre los labios rojos
y arde sobre los globos oscuros de los ojos.

El Trópico, el gran Trópico caliente y vibrador,
vuela sobre la onda profunda de ese olor.
Aquí está todo entero: lumbre, color, fragancia,
tierras rojas, sol duro, tremenda exuberancia,
sordas lujurias, negras pasiones que fermentan
y como rosas ásperas y llameantes revientan...

Todo el bravío espectáculo de luz y de color
palpita, salta, quema desde este denso olor,
que a la hora de la siesta sensualmente se exhala
del monte, de la huerta, del surco y de la tala.

PERO AHORA, MUJER

Como una ola herida, viene a morir mi amor
en tu playa. ¿No sientes su aullido de dolor?
¿no oyes, en la alta noche, el hondo forcejeo
de esta ola que se aúpa crispada de deseo
ante la irreductible y dura fortaleza
que guarda avaramente tu lánguida belleza?
¿no oyes en el silencio de la noche profunda
el hambriento crecer de mi pleamar fecunda?

¡Oh mujer! Toda cosa que para ti se ordena,
tu voluntad dispone, pero de mí está llena.
En todo lo que anheles y en todo lo que añores
allí estoy crepitando, rompiéndome de amores:
en la nube, en la estrella, en el agua tranquila,
hasta en el pensamiento que nubla tu pupila.

Tal vez, tras el ensueño del amor conquistado,
todo se hará ceniza, polvo decepcionado,
como que me han mentido, como que me han robado,
como que en la comedia que se ha representado
cúpome el papel triste del burlador burlado...
Pero ahora, mujer, de ti estoy embriagado
y mi pasión te labra su encendido poema,
pues en tu gracia efímera me siento eternizado
y en tu minuto vivo mi realidad suprema.

EL PECADO VIRTUOSO

Delgada y fina, te ilumina una
claridad tenue y lírica de luna,
que cae sobre tu cuerpo, plateando
la pierna fácil, el abdomen blando,
y la espalda que es huerto suave y breve
donde el rocío se ha perlado en nieve.

Delgada y fina, así, toda plateada,
la amada es una verdadera amada.
El beso es flor, el tálamo de amores
campo, y por eso está lleno de flores.
La palabra es un pájaro que trina;
la luz se da a alumbrar con fiel recato,
y en la vaga penumbra cristalina
somos, para el pecado, gata y gato...
pero no, que la alcoba perfumada,
sueña con el amado y con la amada,
y así son esta amada y este amado
un cuento de hada donde no hay pecado;
pero no, porque tiene el dulce arrimo
azúcar de candor y miel de mimo,
aunque discurra por el tibio apego
una corriente erótica de fuego.
Y así, llegue la noche y nos envuelva,
como a dos niños solos en la selva.

¿Y dónde está el camino? ¿Y la casita
blanca de la pequeña viejecita?
¿Y la aldea cristiana y la campana
cristiana que repica en la mañana?
Nada se ve, mi amor, hemos salido
y en este extraño bosque hemos caído;

pero yo soy el niño que defiende
a la niña del Sátiro y del Duende.

No te apures, mi amor, que ya crepita
la hoguera para el lobo y para el frío.
Echa tu corazón de margarita
que ya en los leños se consume el mío;
y durante la noche estará ardiendo,
tu miedo y tu belleza defendiendo,
hasta que por oriente, que ya dora,
relinchen los corceles de la aurora.

ORACIÓN

Para que haya pan blanco en nuestra mesa
y cada sol realice una promesa.

Para que hoy se renueve lo ayer hecho
y cada noche sea nuevo el lecho.

Para que esté fecunda tu belleza
como tu madre la naturaleza.

Para que lo que siembren nuestras manos
no lo coman orugas ni gusanos.

Para que tu velamen de azucena
se hinche de amor en la sensual faena.

Para que por la concha de tu vientre
una harina de perla se concentre,

y cuaje, tras recóndito amasijo,
en el fruto seráfico del hijo.

Para que haya una sábana de armiño
y un caballo con alas para el niño.

Para que haya una aguja laboriosa
para la mano de la buena esposa.

Para que el hombre en el taller propicio
sobreponga la ciencia de su oficio.

*

Y así, por tu favor y nuestro tino,
florece el hogar sobre el camino,
y estará murmurándole al que pasa:
—agua fresca, salud. Esta tu casa—
Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero. Amén.

ESA MUJER

Esa mujer se parece a mi madre.
A mi madre, perdida en la distancia
del pueblo viejo, donde estará ahora
cayendo un agua cadenciosa y mansa.

Esa mujer se parece a mi madre.
Yo siento la onda azul de su mirada
envolviéndome en una cosa tibia
de mansedumbre, de éxtasis, de alma.

A fuerza de sufrir se ha vuelto buena,
a fuerza de llorar se ha vuelto diáfana,
a fuerza de callar se ha vuelto triste,
a fuerza de querer se ha vuelto santa...

Esa mujer se parece a mi madre.
¡Oh, qué deseos tengo de abrazarla
contra mi corazón; ver sus arrugas;
besar la nieve noble de sus canas,
y lavar mis pecados y mis vicios
en el rocío puro de sus lágrimas!

Esa mujer se parece a mi madre.
Transportado, no dejo de mirarla,
sin poder explicarme este momento
sentimental porque mi vida pasa...
A mi madre, perdida en la distancia
del pueblo viejo, donde estará ahora
cayendo un agua cadenciosa y mansa.

RABÍ JESCHONA DE NAZARET

Calladamente, profundamente, serenamente,
iba el monarca de las espinas y los abrojos
por las ciudades huracanadas dando a la gente
pan de su ensueño, miel de su vida, luz de sus ojos.

Rey pensativo de los harapos. ¡Oh, caballero
de los silencios interminables sobre los montes!
Pasaba suave como la vaga luz de un lucero,
y ante su paso se desdoblaban los horizontes.

Despreció el oro su azul orgullo de visionario.
Vivió encendido como la brasa de un incensario
y a fuerza de éxtasis se puso mágico y transparente,
y cuando el pueblo bajó hasta el fondo del negro vicio,
este monarca subió a la cumbre del sacrificio
calladamente, profundamente, serenamente.

CANCIONES DE LA VIDA MEDIA

1925

CANCIONES DE LA VIDA MEDIA

Ahora vamos de nuevo a cantar alma mía;
a cantar sin palabras.
Desnúdate de imágenes y poda extensamente
tus viñas de hojarasca.

No adulteres el mosto que hierve en tus lagares
con esencias extrañas,
y así, te dará un vino sencillo pero puro,
porque es vino de casa.

Anda el viejo camino para que se te vea
la intención noble y clara,
y huye de las retóricas travesuras ingenuas
que inquietaron tu infancia.

Ya eres vieja, alma mía. Árbol que entra en la zona
de la vida mediada.
Como fruta madura te cuelga el sentimiento
de la rama más alta.

Rama de bella fronda que perfumó al canto,
ahora se ve pelada...
Para cuajar el fruto tuvieron que caerse
las hojas de la rama.

Así estás, alma mía, en tu grave hora nueva,
toda desnuda y blanca,
erguida hacia el silencio milenario y profundo
de la estrella lejana.

TOPOGRAFÍA

Esta es la tierra estéril y madrastra
en donde brota el cacto.
Salitral blanquecino que atraviesa
roto de sed el pájaro;
con marismas reseca espaciadas
a extensos intervalos,
y un cielo fijo, inalterable y mudo
cubriendo todo el ámbito.

El sol calienta en las marismas rojas
el agua como un caldo,
y arranca el arenal caliginoso
un brillo seco y áspero.
La noche cierra pronto y en el lúgubre
silencio rompe el sapo
su grito de agua oculta que en las sombras
absorben como tragos.

Miedo. Desolación. Asfixia. Todo
duerme aquí sofocado
bajo la línea muerta que recorta
el ras rígido y firme de los campos.
Algunas cabras amarillas medran
en el rastrojo escaso,
y en la distancia un buey rumia su sueño
turbio de soledad y de cansancio.

Esta es la tierra estéril y madrastra.
Cunde un tufo malsano
de cosa descompuesta en la marisma
por el fuego que baja de lo alto;
fermento tenebroso que en la noche

arroja el fuego fatuo,
y da estas largas formas fantasmales
que arrastran sin ruido sobre el páramo.

Esta es la tierra donde vine al mundo.
—Mi infancia ha ramoneado
como una cabra arisca por el yermo
rencoroso y misántropo—.
Esta es toda mi historia:
sal, aridez, cansancio,
una vaga tristeza indefinible,
una inmóvil fijeza de pantano,
y un grito, allá en el fondo,
como un hongo terrible y obstinado,
cuajándose entre fofas carnaciones
de inútiles deseos apagados.

HUMUS

Sube por mis raíces, del fondo de mí mismo,
un vaho oscuro de sueño y de cansancio.
Estoy completamente solo frente a mi abismo...
¡Qué horror, qué aroma rancio!

Detritus de ideales, de pasiones, de anhelos.
¡Qué humus triste, qué fuerzas tan serviles
en las ilusas manos cargadas por los cielos,
y ahora míseras, viles!

¡Hasta dónde llegaste, ser mínimo que un día
creíste claro y límpido el venero!
Antes, rico estanciero,
en tus zonas azules de poesía,
y ahora, de tu propia tristeza, pordiosero.

Buscas tu gran tristeza y encuentras el vacío,
el cansancio del mundo que te pesa
cual fardo que no puede sostener tu cabeza,
globo lleno de humo, de soledad y hastío.

¿Y para qué seguir? Ya ni siquiera
siento deseos de escribir...
escribir, escribir, sería la manera
de salir
a la luz de una inútil primavera.
¿Será mejor morir?

PUEBLO

¡Piedad, Señor, piedad para mi pobre pueblo
donde mi pobre gente se morirá de nada!
Aquel viejo notario que se pasa los días
en su mínima y lenta preocupación de rata;
este alcalde adiposo de grande abdomen vacuo
chapoteando en su vida tal como en una salsa;
aquel comercio lento, igual, de hace diez siglos;
estas cabras que triscan el resol de la plaza;
algún mendigo, algún caballo que atraviesa
tiñoso, gris y flaco, por estas calles anchas;
la fría y atrofiante modorra del domingo
jugando en los casinos con billar y barajas;
todo, todo el rebaño tedioso de estas vidas
en este pueblo viejo donde no ocurre nada,
todo esto se muere, se cae, se desmorona,
a fuerza de ser cómodo y de estar a sus anchas.

¡Piedad, Señor, piedad para mi pobre pueblo!
Sobre estas almas simples, desata algún canalla
que contra el agua muerta de sus vidas arroje
la piedra redentora de una insólita hazaña...
Algún ladrón que asalte ese banco en la noche,
algún Don Juan que viole esa doncella casta,
algún tahúr de oficio que se meta en el pueblo
y revuelva estas gentes honorables y mansas.

¡Piedad, Señor, piedad para mi pobre pueblo
donde mi pobre gente se morirá de nada!

EL POZO

Mi alma es como un pozo de agua sorda y profunda
en cuya paz solemne e imperturbable ruedan
los días, apagando sus rumores mundanos
en la quietud que cuajan las oquedades muertas.

Abajo el agua pone su claror de agonía:
irisación morbosa que en las sombras fermenta;
linfas que se coagulan en largos limos negros
y exhalan esta exangüe y azul fosforescencia.

Mi alma es como un pozo. El paisaje dormido
turbante en el agua se forma y se dispersa,
y abajo, en lo más hondo, hace tal vez mil años,
una rana misántropa y agazapada sueña.

A veces al influjo lejano de la luna
el pozo adquiere un vago prestigio de leyenda;
se oye el cró-cró profundo de la rana en el agua,
y un remoto sentido de eternidad lo llena.

EL DOLOR DESCONOCIDO

Hoy me he dado a pensar en el dolor lejano
que sentirá mi carne, allá en sus aposentos
y arrabales remotos que se quedan a oscuras
en su mundo de sombras y de instintos espesos.
A veces, de sus roncros altamares ocultos,
de esas inexploradas distancias, vienen ecos
que se pierden como ondas desmayadas
sobre una playa inmóvil de bruma y de silencio.
Son mensajes que llegan desesperadamente
del ignorado fondo de estos dramas secretos:
gritos de auxilio, voces de socorro, gemidos,
cual de un navío enorme que naufraga a lo lejos.

¡Oh esos limbos hundidos en tinieblas cerradas;
esos desconocidos horizontes internos
que subterráneamente se alargan en nosotros
distantes de las zonas de luz del pensamiento!

Quizás las más profundas tragedias interiores,
los más graves sucesos,
pasan en estos mudos arrabales de sombra
sin que llegue a nosotros el más vago lamento,
y tal vez, cuando estamos riendo a carcajadas,
somos el tenebroso escenario grotesco
de este horrible dolor que no tiene respuesta
y cuya voz inútil se pierde sobre el viento.

CLARO DE LUNA

En la noche de luna, en esta noche
de luna clara y tersa,
mi corazón como una rana oscura
salta sobre la hierba.

¡Qué alegre está mi corazón ahora!
¡Con qué gusto levanta la cabeza
bajo el claro de luna pensativo
esta medrosa rana de tragedia!

Arriba, por los árboles,
las aves blandas sueñan,
y más arriba aún, sobre las nubes,
recién lavadas brillan las estrellas...

¡Ah, que no llegue nunca la mañana!
¡Que se alargue esta lenta
hora de beatitud en que las cosas
adquieren una irrealidad suprema;

y en que mi corazón, como una rana,
se sale de sus ciénagas,
y se va bajo el claro de luna
en vuelo sideral por las estrellas!

LULLABY

Mi pobre alma aferrada
sobre su tema viejo,
deja que rueda el mundo:
callados horizontes, campos yermos,
tierras de soledad y de agonía
y arenales bermejos.

¡Mi pobre alma aferrada,
sumergida en el sueño!
mi alma sigue llorando
sobre su tema viejo.

¡Ay, pobre de mi alma
que atraviesa estos yermos,
y que va de puntillas, suavemente,
para no despertar su propio sueño!

Abajo, en las cavernas
llenas de tenebrosos aposentos,
los monstruos del hastío,
los monstruos del hastío están durmiendo...
y ella atraviesa pálida,
como una larga estela de lucero,
estas sombras espesas y cuajadas
de aterrador silencio.

¡Mi alma, mi pobre alma!
Allí están los monstruos carniceros.
Pasad fugaces, sin tocar apenas
estas tierras malditas de silencio;
del gran silencio verde

que cuaja en las cavernas su humor denso,
y baja de la luna en las tragedias
de naufragios remotos y quiméricos.

¡Mi alma, mi pobre alma!
sobre su tema viejo,
atraviesa estos campos, suavemente,
para no despertar su propio sueño.

NOCTURNO

El panorama es turbio bajo la luna acuosa
que pone un submarino claror sobre los árboles.
Trasnocho. Por las anchas alamedas en blanco,
no va ni viene nadie.

El silencio es tan hondo y las cosas están
tan sensibles, tan vagas, tan aéreas, tan frágiles,
que si yo diera un grito caerían las estrellas
húmedas sobre el parque.

Hay que estar quieto, pues cualquier ademán
tendría una alargada repercusión unánime...
–Como una gota densa y profunda, en la noche,
la hora, remota, cae.

SINFONÍA NÓRDICA

Bosques escandinavos de sombra espesa y blanda,
con el agrio castillo del jarl entre la bruma
y el rumor apagado de la cuerna de caza.

–Otoño: hoja amarilla, vago piano de Schumann–

Lagos donde solloza la náyade taimada
para extraviar al lento burgrave solitario
que entre la niebla, al paso de sus renos, avanza.

–Offenbach: risa de agua, ritornelo de encanto–

Ruiseñor encantado bajo el claro de luna;
dulce abedul de escarcha vaporoso y lejano
como una vaga forma que se nutre de música.

–Chopin muere en el fondo del noble estradivario–

Bahía groenlandesa. ¡Oh sublunar imperio,
que desdobra boreales extensiones calladas
hacia desconocidos horizontes de sueño!

–La ocarina de Grieg llora en la noche blanca–

Danza del duende oblongo sobre la llama roja
del fogaril. Vivaque de guerreros que asan
el jabalí, entre enormes risas aguardentosas.

–Aúlla rabiosamente la trompa wagneriana–

Y de pronto, en la landa silenciosa y dormida
(grandes bosques oscuros, quietas llanuras blancas)
rompe el huracanado tropel de las Walkirias
con rumbo a los remotos confines del Walhalla.

TUNTÚN DE PASA Y GRIFERÍA

1925-1937

PRELUDIO EN BORICUA

Tuntún de pasa y grifería
y otros parejeros tuntunes.
Bochinche de ñañiguería
donde sus cálidos betunes
funde la congada bravía.

Con cacareo de maraca
y sordo gruñido de gongo,
el telón isleño destaca
una aristocracia macaca
a base de funche y mondongo.

Al solemne papalúa haitiano
opone la rumba habanera
sus esguinces de hombro y cadera,
mientras el negrito cubano
doma la mulata cerrera.

De su bachata por las pistas
vuela Cuba, suelto el velamen,
recogiendo en el caderamen
su áureo niágara de turistas.

(Mañana serán accionistas
de cualquier ingenio cañero
y cargarán con el dinero...)

Y hacia un rincón ¿solar, bahía,
malecón o siembre de cañas?
bebe el negro su pena fría
alelado en la melodía
que le sale de las entrañas.

Jamaica, la gorda mandinga,
reduce su lingo a gandinga.
Santo Domingo se endominga
y en cívico gesto imponente
su numen heroico respinga
con cien odas al Presidente.
Con su batea de ajonjolí
y sus blancos ojos de magia
hacia el mercado viene Haití.
Las antillas barloventeras
pasan tremendas desazones,
espantándose los ciclones
con matamoscas de palmeras.

¿Y Puerto Rico? Mi isla ardiente,
para ti todo ha terminado.
En el yermo de un continente,
Puerto Rico, lúgubrementes,
bala como un cabro estofado.

Tuntún de pasa y grifería,
este libro que va a tus manos
con ingredientes antillanos
compuse un día...

... y en resumen, tiempo perdido,
que me acaba en aburrimiento.
Algo entrevisto o presentido,
poco realmente vivido
y mucho de embuste y de cuento.

DANZA NEGRA

Calabó y bambú.
Bambú y calabó
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernanco Póo.
El cerdo en el fango gruñe: pru-pru-prú.
El sapo en la charca sueña: cro-cro-cró.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.

Rompen los junjunes en furiosa ú.
Los congos trepidan con profundo ó.
Es la raza negra que ondulando va
en el ritmo gordo del marinyandá.
Llegan los botucos a la fiesta ya.
Danza que te danza la negra se da.

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.

Pasan tierras rojas, islas de betún:
Haití, Martinica, Congo, Camerún;
las papiamentosas antillas del ron
y las patualesas islas del volcán,
que en el grave son
del canto se dan.

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.

Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernanco Póo.
El alma africana que vibrando está
en el ritmo gordo del mariyandá.

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.

ÑAM~ÑAM

Ñam-ñam. En la carne blanca
los dientes negros –ñam-ñam.
Las tijeras de las bocas
sobre los muslos –ñam-ñam.
Van y vienen las quijadas
con sordo ritmo –ñam-ñam.
La feroz noche deglute
bosques y junglas –ñam-ñam.

Ñam-ñam. África mastica
en el silencio –ñam-ñam,
su cena de exploradores
y misioneros –ñam-ñam.
Quien penetró en Tangañica
por vez primera –ñam-ñam;
quien llegó hasta Tembandumba
la gran matriarca –ñam-ñam.

Ñam-ñam. Los fetiches abren
sus bocas negras –ñam-ñam.
En las pupilas del brujo
un solo fulgor –ñam-ñam.
La sangre del sacrificio
embriaga al tótem –ñam-ñam,
y Nigricia es toda dientes
en la tiniebla –ñam-ñam.

Asia sueña su nirvana.
América baila el jazz.
Europa juega y teoriza.
África gruñe: ñam-ñam.

LAMENTO

Sombra blanca en el baquiné
tiene changó, tiene vodú.
Cuando pasa por el bembé
daña el quimbombó, daña el calalú.

Al jueguito va su zombí
derribando el senseribó,
y no puede el carabalí
ñañigear ante Ecué y Changó...
¡Oh, papá Abasí!
¡Oh, papá Bocó!

En la macumba siempre está;
en el candombe se la ve,
y cuando a la calenda va
contra su ñeque no puede na
ni el infundio del Chitomé
ni el muñanga del Papaluá.

Sombra blanca que el negro ve
sin aviso del gran Jujú,
dondequiera que pone el pie
suelta el mana de su fufú.

Hombre negro triste se ve
desde Habana hasta Zimbambué,
desde Angola hasta Kanembú
hombre negro triste se ve...
Ya no baila su tu-cu-tú,
al –adombegangá mondé–.

MAJESTAD NEGRA

Por la encendida calle antillana
va Tembandumba de la Quimbamba
–rumba, macumba, candombe, bábula–
entre dos filas de negras caras.
Ante ella un congo –gongo y maraca–
ritma una conga bomba que bamba.

Culipandeando la Reina avanza,
y de su inmensa grupa resbalan
meneos cachondos que el gongo cuaja
en ríos de azúcar y de melaza.
Prieto trapiche de sensual zafra,
el caderamen, masa con masa,
exprime ritmos, suda que sangra,
y la molienda culmina en danza.

Por la encendida calle antillana
va Tembandumba de la Quimbamba.
Flor de Tortola, rosa de Uganda,
por ti crepitan bombas y bábulas,
por ti en calendas desenfrenadas
quema la Antilla su sangre ñaña.
Haití te ofrece sus calabazas;
fogosos rones te da Jamaica;
Cuba te dice: ¡dale, mulata!
Y Puerto Rico: ¡melao, melamba!

¡Sús, mis cocolos de negras caras!
Tronad, tambores; vibrad, maracas.
Por la encendida calle antillana
–rumba, macumba, candombe, bábula–
va Tembandumba de la Quimbamba.

ELEGÍA DEL DUQUE DE LA MERMELADA

¡Oh mi fino, mi melado Duque de la Mermelada!
¿Dónde están tus caimanes en el lejano aduar del Pongo,
y la sombra azul y redonda de tus baobabs africanos,
y tus quince mujeres olorosas a selva y a fango?

Ya no comerás el succulento asado de niño,
ni el mono familiar, a la siesta, te matará los piojos,
ni tu ojo dulce rastreará el paso de la jirafa afeminada
a través del silencio plano y caliente de las sabanas.

Se acabaron tus noches con su suelta cabellera de fogatas
y su gotear soñoliento y perenne de tamboriles,
en cuyo fondo te ibas hundiendo como en un lodo tibio
hasta llegar a las márgenes últimas de tu gran bisabuelo.

Ahora, en el molde vistoso de tu casaca francesa,
pasas azucarado de saludos como un cortesano cualquiera,
a despecho de tus pies que desde sus botas ducales
te gritan: –Babilongo, súbete por las cornisas del palacio.

¡Qué gentil va mi Duque con la Madama de Cafolé,
todo afelpado y pulcro en la onda azul de los violines,
conteniendo las manos que desde sus guantes de aristócrata
le gritan: –Babilongo, derríbala sobre ese canapé de rosa!

Desde las márgenes últimas de tu gran bisabuelo,
a través del silencio plano y caliente de las sabanas,
¿por qué lloran tus caimanes en el lejano aduar del Pongo,
¡oh mi fino, mi melado Duque de la Mermelada!?

KALAHARI

¿Por qué ahora la palabra Kalahari?

El día es hermoso y claro. En la luz bailotean
con ágil gracia, seres luminosos y alegres:
el pájaro, la brizna de hierba, las cantáridas,
y las moscas que en el vuelo redondo y embriagado
rebotan contra el limpio cristal de mi ventana.
A veces una nube blanca lo llena todo
con su mole rolliza, hinchada, bombonosa,
y en despliegue adiposo de infladura
es como un imponente pavo real del cielo.

¿Por qué ahora la palabra Kalahari?

Anoche estuve de francachela con los amigos,
y derivamos hacia un lupanar absurdo
allá por el sombrío distrito de los muelles...
El agua tenebrosa ponía un vaho crudo
de marisco, y el viento ondulaba premioso
a través de los tufos peculiares del puerto.
En el burdel reían estrepitosamente
las mujeres de bocas pintadas... Sin embargo,
una, inmóvil, callaba; callaba sonreída,
y se dejaba hacer sonreída y callada.
Estaba ebria. Las cosas sucedían distantes.
Recuerdo que alguien dijo –Camella, un trago, un trago.

¿Por qué ahora la palabra Kalahari?

Esta mañana, hojeando un magazín de cromos,
ante un perrillo de aguas con cinta roja al cuello,
estuve largo tiempo observando, observando...

No sé por qué mi pensamiento a la deriva
fondeó en una bahía de claros cocoteros,
con monos, centenares de monos que trenzaban
una desordenada cadena de cabriolas.

¿Por qué ahora la palabra Kalahari?

Ha surgido de pronto, inexplicablemente...
¡Kalahari! ¡Kalahari! ¡Kalahari!
¿De dónde habrá surgido esta palabra
escondida como un insecto en mi memoria;
picada como una mariposa diseca
en la caja de coleópteros de mi memoria,
y ahora viva, insistiendo, revoloteando ciega,
contra la luz ofusadora del recuerdo?
¡Kalahari! ¡Kalahari! ¡Kalahari!

¿Por qué ahora la palabra Kalahari?

FALSA CANCIÓN DE BAQUINÉ

¡Ohé, nené!
¡Ohé, nené!
Adombe gangá mondé,
adombe.
Candombe del baquiné,
candombe.

Vedlo aquí dormido,
ju-jú.
Todo está dormido,
ju-jú.
¿Quién lo habrá dormido?
Ju-jú.
Babilongo ha sido,
ju-jú.
Ya no tiene oído,
ju-jú.
Ya no tiene oído...

Pero que ahora verá la playa.
Pero que ahora verá el palmar.
Pero que ahora ante el fuego grande
con Tembandumba podrá bailar.

Y a la Guinea su zombí vuelva...
–Coquí, cocó, cucú, cacá–
Bombo, el gran mingo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.
Ni sombra blanca sobre la hierba
ni brujo negro lo estorbará.
Bombo, el gran mingo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.

Contra el hechizo de mala hembra
cocomacaco duro tendrá.
Bombo, el gran mongo, bajo la selva
su tierno paso conducirá.
—Coquí, cocó, cucú, cacá—

Para librarle de asechanza
colgadle un rabo de alacrán.
Será invencible en guerra y danza
si bebe orines de caimán.

En la manteca de serpiente
magia hallará su corazón.
Conseguirá mujer ardiente
con cagarruta de cabrón.

A papá Ogún va nuestra ofrenda,
para que su arrojo le dé
al son del gongo en la calenda
con que cerramos el baquiné.

Papa Ogún, dios de la guerra,
que tiene botas con betún
y cuando anda tiembla la tierra...
Papá Ogún ¡ay! papá Ogún.

Papá Ogún, mongo implacable,
que resplandece en el vodú
con sus espuelas y su sable...
Papá Ogún ¡ay! papá Ogún.

Papá Ogún, quiere mi niño,
ser un guerrero como tú;
dale gracia, dale cariño...
Papá Ogún ¡ay! papá Ogún.

Ahora comamos carne blanca
con la licencia de su mercé.
Ahora comamos carne blanca...

¡Ohé, nené!
¡Ohé, nené!
Adombe gangá mondé,
adombe.
Candombe del baquiné,
¡candombe!

TEN CON TEN

Estás, en pirata y negro,
mi isla verde estilizada,
el negro te da la sombra,
te da la línea el pirata.
Tambor y arcabuz a un tiempo
tu morena gloria exaltan,
con rojas flores de pólvora
y bravos ritmos de bamba.

Cuando el huracán desdobra
su fiero acordeón de ráfagas,
en la punta de los pies
—ágil bayadera— danzas
sobre la alfombra del mar
con fina pierna de palmas.

Podrías ir de mantilla,
si tu ardiente sangre ñáñiga
no trocara por madrás
la leve espuma de España.

Podrías lucir, esbelta,
sobriedad de línea clásica,
si tu sol, a fuerza de oro,
no madurase tus ánforas
dilatando sus contornos
en amplitud de tinaja.

Pasarías ante el mundo
por civil y ciudadana,
si tu axila —flor de sombra—
no difundiera en las plazas

el rugiente cebollín
que sofríen tus entrañas.

Y así estás, mi verde antilla,
en un sí es que no es de raza,
en ten con ten de abolengo
que te hace tan antillana...

Al ritmo de los tambores
tu lindo ten con ten bailas,
una mitad española
y otra mitad africana.

EL GALLO

Un botonazo de luz,
luz amarilla, luz roja.
En la contienda, disparo
de plumas luminosas.
Energía engalanada
de la cresta a la cola
—ámbar, oro, terciopelo—
lujo que se deshoja
con heroico silencio
en la galera estentórea.
Rueda de luz trazada
ante la clueca remolona,
la capa del ala abierta
y tendida en ronda...

Gallo, gallo del trópico.
Pico que destila auroras.
Relámpago congelado.
Paleta luminosa.
¡Ron de plumas que bebe
la Antilla brava y tórrida!

CANCIÓN FESTIVA PARA SER LLORADA

Cuba –ñáñigo y bachata–
Haití –vodú y calabaza–
Puerto Rico –burundanga–

Martinica y Guadalupe
me van poniendo la casa.
Martinica en la cocina
y Guadalupe en la sala.
Martinica hace la sopa
y Guadalupe la cama.
Buen calalú, Martinica,
que Guadalupe me aguarda.

¿En qué lorito aprendiste
ese patuá de melaza,
Guadalupe de mis trópicos,
mi succulenta tinaja?
A la francesa, resbalo,
sobre tu carne mulata,
que a falta de pan, tu torta
es prieta gloria antillana.
He de traerte de Haití
un cónsul de aristocracia:
Conde del Aro en la Oreja,
Duque de la Mermelada.

Para cuidarme el jardín
con Santo Domingo basta.
Su perenne do de pecho
pone intrusos a distancia.
Su agrio gesto de primate
en lira azul azucara,

cuando borda madrigales
con dedos de butifarra.

Cuba –ñáñigo y bachata–
Haití –vodú y calabaza–
Puerto Rico –burundanga–

Las antillitas menores,
titís inocentes, bailan
sobre el ovillo de un viento
que el ancho río huracana.

Aquí está San Kitts el nene,
el bobo de la comarca.
Pescando tiernos ciclones
entretiene su ignorancia.
Los purga con sal de fruta,
los ceba con cocos de agua,
y adultas ya, los remite,
C.O.D. a sus hermanas,
para que se desayunen
con tormenta rebozada.

Aquí está Santo Tomé,
de malagueta y malanga
cargado el burro que el cielo
de Su Santidad demanda...
(Su Santidad, Babbitt Máximo,
con sello y marca de fábrica.)
De su grave teología
Lutero hizo una fogata,
y alrededor, biblia en mano,
los negros tórtolos bailan
cantando salmos oscuros
a bombo, mongo de África.

¡Hola, viejo Curazao!
Ya yo te he visto la cara.
Tu breve puño de hierro
me ha quemado la garganta.
Por el mundo, embotellado,
vas del brazo de Jamaica,
soltando tu áspero tufo
de azúcares fermentadas.

Cuba –ñáñigo y bachata–
Haití –vodú y calabaza–
Puerto Rico –burundanga–

Mira que te coge el ñáñigo,
niña, no salgas de casa.
Mira que te coge el ñáñigo
del jueguito de La Habana.

Con tu carne hará gandinga,
con tu seso mermelada;
ñáñigo carabalí
de la manigua cubana.

Me voy al titiringó
de la calle de la prángana.
Ya verás el huele-huele
que enciendo tras de mi saya,
cuando resude canela
sobre la rumba de llamas;
que a mí no me arredra el ñáñigo
del jueguito de La Habana.

Macandal bate su gongo
en la torva noche haitiana.
Dentaduras de marfil

en la tiniebla resaltan.
Por los árboles se cuelan
ariscas formas extrañas,
y Haití, fiero y enigmático,
hierva como una amenaza.

Es el vodú. La tremenda
hora del zombí y la rana.
Sobre los cañaverales
los espíritus trabajan.
Ogún Badagrí en la sombra
afila su negra daga...
–Mañana tendrá el amito
la mejor de las corbatas–
Dessalines grita: ¡Sangre!
L'Overture ruga: ¡Venganza!
mientras remoto, escondido,
por la profunda maraña,
Macandal bate su gongo
en la torva noche haitiana.

Cuba –ñáñigo y bachata–
Haití –vodú y calabaza–
Puerto Rico –burundanga–

Antilla, vaho pastoso
de templa recién cuajada.
Trajín de ingenio cañero.
Baño turco de melaza.
Aristocracia de dril
donde la vida resbala
sobre frases de natilla
y succulentas metáforas.
Estilización de costa
a cargo de entecas palmas.

Idioma blando y chorreoso
–mamey, cacao, guanábana–.
En negrito y cocotero
Babbitt turista te atrapa;
Tartarín sensual te sueña
en tu loro y tu mulata;
sólo a veces Don Quijote,
por chiflado y musaraña,
de tu maritornería
construye su dulcineada.

Cuba –ñáñigo y bachata–
Haití –vodú y calabaza–
Puerto Rico –burundanga–

MULATA-ANTILLA

En ti ahora, mulata,
me acojo al tibio mar de las Antillas.
Agua sensual y lenta de melaza,
puerto de azúcar, cálida bahía,
con la luz en reposo
dorando la onda limpia,
y el soñoliento zumbo de colmena
que cuajan los trajines de la orilla.

En ti ahora, mulata,
cruzo el mar de las islas.
Eléctricos mininos de huracanes
en tus curvas se alargan y se ovillan,
mientras sobre mi barca va cayendo
la noche de tus ojos, como tinta.

En ti ahora, mulata...
¡Oh, despertar glorioso en las Antillas!
Bravo color que el do de pecho alcanza,
música al rojo vivo de alegría,
y calientes cantáridas de aroma
-limón, tabaco, piña-
zumbando a los sentidos
sus embriagadas voces de delicia.

Eres ahora, mulata,
todo el mar y la tierra de mis islas.
Sinfonía frutal cuyas escalas
rompen furiosamente en tu catanga.
He aquí en su traje verde la guanábana
con sus finas y blandas pantaletas
de muselina; he aquí el caimito

con su leche infantil; he aquí la piña
con su corona de soprano... Todos
los frutos ¡oh mulata! tú me brindas,
en la clara bahía de tu cuerpo
por los soles del trópico bruñida.

¡Oh Cuba! ¡Oh Puerto Rico!
fogosas tierras líricas...
¡Oh los rones calientes de Jamaica!
¡Oh el aguacate de Santo Domingo,
y el caldo denso de la Martinica!

Ahora eres, mulata,
glorioso despertar en mis Antillas.

LEPROMONIDA

Lepromonida es reina de vastas tribus rojas.
Sobre una calavera tiende la mano rígida.
¡Tened, oh capitanes del agua y de la tierra,
tened un grande y largo miedo a Lepromonida!

Lepromonida vive rodeada de silencio.
Sobre su trono negro un búho gris habita,
y una enorme serpiente luminosa se alarga
en sigilo, a los blancos pies de Lepromonida.

Lepromonida, araña de la sombra, profunda
araña de los sueños y de las pesadillas...
–Incendios, pestes, gritos, narcóticos azules,
venenos, horcas, fetos, muertes: ¡Lepromonida!–

Reina oscura. Un humor lunar y envenenado
circula por sus venas como una extraña linfa.
¡Tened, oh capitanes del agua y de la tierra,
tened un grande y largo miedo a Lepromonida!

ÚLTIMOS POEMAS

1944-1954

A LUIS LLORENS TORRES

En su muerte

Al doblar una curva del viaje, la Enlutada
te guiñó desde el fondo de la noche estrellada
y tú, ante la insinuante y amorosa guiñada,
tenorio impenitente, corríste a su llamada.

Corríste a su llamada y abandonaste el fundo
que fue para tu numen telúrico y profundo
el íntimo acicate y el realizar fecundo...
el fundo que cantarás con acento jocundo;
con aquella alegría sensual y luminosa
que te irradiaba de la entraña calurosa
y ponía su luz en todo lo cantado
cual por varilla mágica y virtuosa tocado.

Abandonaste el fundo que fue tu señorío:
el tabacal, el huerto, la montaña y el río,
el plátano plantado en su húmedo plantío,
el cafeto a la sombra de guabas maternales,
y la j́bara en tibios arrullos pasionales
dándote sus primicias de amor en el bohío.

(Afuera, en la espesura de agrestes eclosiones
monta el tiple a la grupa de una copla serrana
y la guitarra quema su mano de bordones,
mientras el güiro tórrido, tostado de canciones,
ralla el coco sombrío de la noche antillana,
y el cielo en que aún perduran las zodiacales huellas
va llenando su cuenco de una tibia y lejana
leche de nebulosas y cachipa de estrellas.)

Y más allá, en el fondo, en la paz anchurosa
y vegetal del campo, cuando la soledosa
voz del coquí, goteando de la nocturna calma
bajaba hasta el hondón elemental de tu alma,
partías de ti mismo por rutas misteriosas
hacia el cósmico imperio de las claras esferas,
a indagar el origen de las primeras cosas
y el sentido profundo de las causas primeras.

Y sentías, pensabas. Y de tu sentimiento
iba cuajando una niebla azul en el viento.
Una niebla de música vaporosa y sencilla
que en ancestral romance su pie menudo apoya,
y de cuya cadencia brotó la maravilla
del canto inimitable: ¡tu décima criolla!

Tu décima criolla: guiño de picardía,
flor de gracia y esencia de honda filosofía;
agua que descendía cantando su canción
del manantial fecundo de tu gran corazón
y que tú nos filtrabas en hojas de yautía.

Maestro: cuando tu carne ya en tierra, liquidada,
sea un poco de polvo, una ceniza, nada;
cuando de tus poemas de ancho y viril aliento
sólo quede un rumor diluido en el viento,
y cuando de la estatua que habrán de levantarte
más que tu nombre mismo, se admire la obra de arte;
un día, allá en el fondo del campo, alguna triste
jíbara enamorada, para endulzar su historia,
dirá una copla tuya sin recordar quién fuiste
¡y ése será el más grande monumento a tu gloria!

MUJER ENCINTA

A Marilú de Rodríguez

Mirada de ternura degollada
en la que suena un lánguido balido,
voz vegetal de musgo humedecido
que trasmina del alma enamorada.

Horizonte de curva renovada
al contorno del cuerpo devenido,
y al fondo, la arpa roja del latido,
por mano de aire luz sangre pulsada.

Afuera dejadez, ademán lento,
palabra de moroso movimiento,
en pausa inerte la existencia anclada,

y adentro, Dios, gozoso de armonía,
pensando y afanando noche y día
para sacar su mundo de la nada.

VIRGO MATER

Fuerte como la espuma que siempre se rehace,
tu alma, todos los días, de su misterio nace,
y vive eternamente virgen, recién nacida,
rosa abierta al milagro de la luz y la vida.

Nada conturba su ámbito: ni el tiempo detenido,
ni el ilusorio juego del espacio fluido...
es como Dios forjando sus mundos de la nada,
apenas se destruye cuando ya está creada.

Creada ya y formándose de nuevo, ola constante
que un hálito de vida mantiene renovada
en avatar perenne y en gracia palpitante,

y tan fiel al principio de su esencia materna,
que en el mar sin orillas del amor proyectada
tu alma es vieja y es joven y es fugaz y es eterna.

EL LLAMADO

Me llaman desde allá...
larga voz de hoja seca,
mano fugaz de nube
que en el aire de otoño se dispersa.
Por arriba el llamado
tira de mí con tenue hilo de estrella,
abajo, el agua en tránsito,
con sollozo de espuma entre la niebla.
Ha tiempo oigo las voces
y descubro las señas.

Hoy recuerdo: es un día venturoso
de cielo despejado y clara tierra;
golondrinas erráticas
el camino azul puntean.
Estoy frente a la mar y en lontananza
se va perdiendo el ala de una vela;
va yéndose, esfumándose,
y yo también me voy borrando en ella.
Y cuando al fin retorno
por un leve resquicio de conciencia,
¡cuán lejos ya me encuentro de mí mismo!
¡qué mundo más extraño me rodea!

Ahora, dormida junto a mí, reposa
mi amor sobre la hierba.
El seno palpitante
sube y baja tranquilo en la marea
del ímpetu calmado que diluye
espectrales añiles en su ojera.
Miro esa dulce fábrica rendida,
cuerpo de trampa y presa
cuyo ritmo esencial como jugando

manufactura la caricia aérea
el arrullo narcótico y el beso
–víspera ardiente de gozosa queja–
y me digo: Ya todo ha terminado...
Mas de pronto, despierta,
y allá en el negro hondón de sus pupilas
que son un despedirse y una ausencia,
algo me invita a su remota margen
y dulcemente sin querer me lleva.

Me llaman desde allá...
Mi nave aparejada está dispuesta,
a su redor, en grumos de silencio,
sordamente coagula la tiniebla.
Un mar hueco, sin peces,
agua vacía y negra
sin vena de fulgor que la penetre
ni pisada de brisa que la mueva.
Fondo inmóvil de sombra,
límite gris de piedra...
¡Oh soledad, que a fuerza de andar sola
se siente de sí misma compañera!

*

Emisario solícito que vienes
con oculto mensaje hasta mi puerta,
sé lo que te propones
y no me engaña tu misión secreta;
me llaman desde allá
pero el amor dormido aquí en la hierba
es bello todavía
y un júbilo de sol baña la tierra.
¡Déjeme tu implacable poderío
una hora, un minuto más con ella!

LA BÚSQUEDA ASESINA (poema inconcluso)

Yo te maté, Filí-Melé: tan leve
tu esencia, tan aérea tu pisada,
que apenas ibas nube ya eras nieve,
apenas ibas nieve ya eras nada.

Cambio de forma en tránsito constante,
habida y transfugada a sueño, a bruma...
Agua-luz lagrimándose en diamante,
diamante sollozándose en espuma.

Fugacidad, eternidad... ¿quién sabe?
¿Cómo seguir tu alado movimiento?
¿De qué substancia figurar tu clave,
y con qué clave descifrar tu acento?

Yo te maté, Filí-Melé: buscada
a sordos tumbos ciegos, perseguida
con voz sin cauce, con afán sin brida;
allá en aguas de sombras resbalada
sobre arena de estrellas encendida;
allá en tumulto de olas espumada
—flor instantánea al aire suspendida—
por la gracia y la luz arrebatada
y en aire sin recuerdo devenida.
De sol a sol, jornada tras jornada,
desde la puesta hasta la amanecida;
tenso afán de tenerte y penetrarte
mi amor ya no fue amor para quererte,
era viento de sangre para ahogarte,
red de oscura pasión para envolverte.

¡Oh lirio, oh pan de luz, oh siderado
copo de espuma virgen que con fiero
y súbito ademán hube tronchado!
¿Cómo volverte a tu fulgor primero?

Eras en mí, dentro de mí, presencia
vital de amor que el alma sostenía,
y para mí, fuera de mí, en ausencia,
razón del ser y el existir: poesía.

Y ahora,
silencio, soledad, quietud que añora...

¿Qué trompa de huracán hace más ruido
que este calmazo atroz que me rodea
y me tiene sin aire y sin sentido,
sordo de verbo y lóbrego de idea,
y que se anuda en mí con cerco fiero
en yelo ardiente y negro congelado,
cual detrito de acoso y desespero
por mi íntima tensión centrifugado?

*

Zumbel tú, yo peonza. Vuelva el tiro,
aquel leve tirar sobre el quebranto
que a masa inerte dábale pie y giro
haciéndola cantar en risa y llanto
y en sonrisa y suspiro...
¡Vuelva, zumbel, el tiro,
que mientras tires tú me dura el canto!

ÍNDICE

Luis Palés Matos: tropical y verboso por Toni Montesinos . . .5

AZALEAS (1915) Y OTROS POEMAS (1917-1920).....15

Fuego infantil.....17

Crepuscular.....18

Paisaje.....19

Timocles.....20

Ignorancia.....21

Pabellón rojo.....22

Yo adoro.....23

Danzarina africana.....24

Esta noche he pasado.....25

Tú tienes.....27

El valor.....28

EL PALACIO EN SOMBRAS (1918-1919).....29

El palacio en sombras.....31

La lluvia.....33

Olor a tabaco.....35

Pero ahora, mujer.....36

El pecado virtuoso.....37

Oración.....39

Esa mujer.....40

Rabí Jeschona de Nazaret.....42

CANCIONES DE LA VIDA MEDIA (1925).....43

Canciones de la vida media.....45

Topografía.....46

Humus.....48

Pueblo.....49

El pozo.....50

El dolor desconocido.....51

Claro de Luna.....52

Lullaby.....53

Nocturno	55
Sinfonía nórdica	56
TUENTÓN DE PASA Y GRIFERÍA (1925-1937)	57
Preludio en Boricua.	59
Danza negra.	61
Ñam-ñam.	63
Lamento.	64
Majestad negra.	65
Elegía del Duque de la Mermelada	66
Kalahari	67
Falsa canción de baquiné	69
Ten con ten.	72
El gallo	74
Canción festiva para ser llorada.	75
Mulata-Antilla	80
Lepromonida	82
ÚLTIMOS POEMAS (1944-1954)	83
A Luis Lloréns Torres	85
Mujer encinta.	87
Virgo Mater	88
El llamado	89
La búsqueda asesina (poema inconcluso).	91

COLECCIÓN
PALIMPSESTO
TÍTULOS PUBLICADOS

1. ALBANO MARTINS
Vertical el deseo
Traducción de A. M^a García López
2. JOSÉ JUAN TABLADA
Un día ... / El jarro de flores
3. ANTONIO PORCHIA
Voces
Selección de Francisco José Cruz
Texto preliminar de Roberto Juarroz
4. ROBERTO JUARROZ
Poesía vertical. Dieciséis poemas
Estudio preliminar de Laura Cerrato
Epílogo de Jorge R. Padrón
5. EUGENIO MONTEJO
Adiós al siglo XX,
precedido de El taller blanco
Entrevista de Floriano Martins
6. JAVIER SOLOGUREN
Poemas
Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón
7. JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ
Aire sobre el aire
8. ANTONIO RAMOS ROSAS
El arco de hojas
Traducción y entrevista de E. Montejo
9. GUILLERMO SUCRE
La segunda versión
10. RAFAEL GUILLÉN
Doce poemas cardinales
11. **Poesía de la intemperie**
Selección poética de letras flamencas
Edición de Francisco José Cruz
12. ROBERTO JUARROZ
Décimo cuarta poesía vertical.
Quince poemas
Prólogo de Laura Cerrato
13. FABIO MORÁBITO
El buscador de sombras
Entrevista de Francisco José Cruz
14. ANTONIO DELTORO
Poemas en una balanza
Selección y entrevista de F. J. Cruz
15. VIRGILIO PIÑERA
Vida de flora y otros poemas
Selección y prólogo de M. Díaz Martínez
16. HUMBERTO AK' ABAL
Todo tiene habla
Selección de Francisco José Cruz
Prólogo de Mario Monteforte Toledo
17. JOSÉ MANUEL ARANGO
La sombra de la mano en el muro
Antología personal
18. CARLOS GERMÁN BELLI
¡Salve, Spes!
Prólogo y epílogo de Óscar Hahn
19. MARÍA MERCEDES CARRANZA
La Patria y otras ruinas
Selección de Francisco José Cruz
Entrevista de Sandra Martínez León
20. PEDRO LASTRA
Datos personales
Selección y entrevista de F. J. Cruz
21. MARIO RIVERO
Poemas urbanos / Vuelvo a las calles

22. ÓSCAR HAHN
Flor de enamorados
23. CARLOS PEZOA VÉLIZ
La vida es así
Prólogo y selección de Óscar Hahn
24. SERGIO SANDOVAL
Guitarra del horizonte
Prefacio y selección de Eugenio Montejó
25. **Poesía de la intemperie**
Selección de coplas flamencas
Edición de Francisco José Cruz
26. REGINO PEDROSO
El ciruelo de Yuan Pei Fu
Poemas chinos
Edición de Manuel Díaz Martínez
27. ENRIQUETA ARVELO LARRIVA
Caballo de fuego
Prólogo y selección de Miguel Gomes
28. MANUEL ZABALA RUIZ
Biografía humilde
Prólogo de Xavier Oquendo Troncoso
Selección de Francisco José Cruz
29. ELKIN RESTREPO
Una verdad me sea dada en lo que escribo
Antología personal
30. LUIS PALÉS MATOS
Raza y paisaje
Antología poética 1915-1954
Prólogo y selección de Toni Montesinos

Se dio fin a la impresión
en la pentamilenaria Ciudad de Carmona
el 28 de marzo de 2015,
a los quinientos años del nacimiento de la poeta mística
Teresa de Ávila
y en el veinticinco aniversario de la
Colección *Palimpsesto*

mediante apariciones públicas, tanto de sesgo literario como político (sobre todo en la campaña de 1929, cuando viaja por toda la isla promoviendo la independencia de Puerto Rico).

Se casa en segundas nupcias en 1930 y tiene dos hijos; le sorprende un ataque cardíaco en 1948, aunque ello no impide que en 1950, año de la segunda edición revisada y aumentada del *Tuntún*, y animado por el rector de la Universidad puertorriqueña, visite Nueva York para recibir diversos actos de homenaje. En 1957, publicará una selección de poemas y, poco después, le llegará otro fatal infarto, a los sesenta y un años, dejando una considerable cantidad de poemas inéditos.

Esta es la primera antología publicada en España de Luis Palés Matos, que dejó escrito: «Sobre mi poesía yo no tengo opinión. Sólo puedo decir, desde un punto de vista exclusivamente literario, que hago todo lo posible por trasladar al lenguaje poético, con la mayor lealtad, el mundo íntimo de mis sentimientos y emociones. Si éstos constituyen, a veces, un mensaje de belleza y poesía, es asunto para el juicio de los demás y no el mío».

«La poesía de Palés Matos es española y es negra, y es, como toda la cultura del Caribe, mucho más, porque el Caribe es el punto de confluencia de las otras culturas nórdicas europeas y de la americana de los Estados Unidos. El Caribe es uno de los puntos más cosmopolitas y universales del planeta, y por eso es universal y cosmopolita la poesía de Palés Matos». Son palabras de Federico de Onís, responsable de la antología poética que el puertorriqueño publicó en 1957 y que es la base de la presente selección, que quiere dar relieve a poemas que el propio autor estimó revisar y elegir, dos años antes de su muerte, convertida en duelo nacional. Autodidacta y culto, refinado y popular, de verso con ecos modernistas y sonos bailongos, sin afán por publicar pero «poeta en residencia» de la Universidad de Puerto Rico, la obra de Luis Palés Matos es un sonido hechizante que encandilaría a astros poéticos como Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca.



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

30

COLECCIÓN PALIMPSESTO